

Kintsugi

Harkaitz Cano
fabula GoiEner

Borradores del futuro
Colección Gipuzkoa #0



Borradores

Borradores del futuro



BORRADORES DEL FUTURO

Productora

Azala Espacio de Creación

Ideación y creación del proyecto

Arantxa Mendiharat, Ixiar Rozas, Idoia Zabaleta

Asesor científico

Unai Pascual

Coordinación

Arantxa Mendiharat

Diseño de la colección

Ibon Saenz de Olazagoitia

Comunicación

Teklak. Estudio de Comunicación y Audiencias

Web

La Debacle

COLECCIÓN GIPUZKOA #0

Autor

Harkaitz Cano

Alternativa

Goiener S. Coop.

Ilustraciones

Arrate Rodriguez

Correcciones

Amaia Apalauza

Grabación y edición de sonido

Maite Larburu

Inventario alternativas

Maite Fernández Betelu

Distribución

NOIZ

Imprime

Gráficas Dosbi

Primera edición

Enero 2021, Lasierra (Álava)

Patrocinadores principales

Kutxa Fundazioa

Diputación Foral de Gipuzkoa, Departamento de Cultura, Turismo, Juventud y Deportes

Entidades colaboradoras

Diario de Noticias de Álava

Hala Bedi Irratia

Kaxilda

Depósito legal: LG G 00005-2021

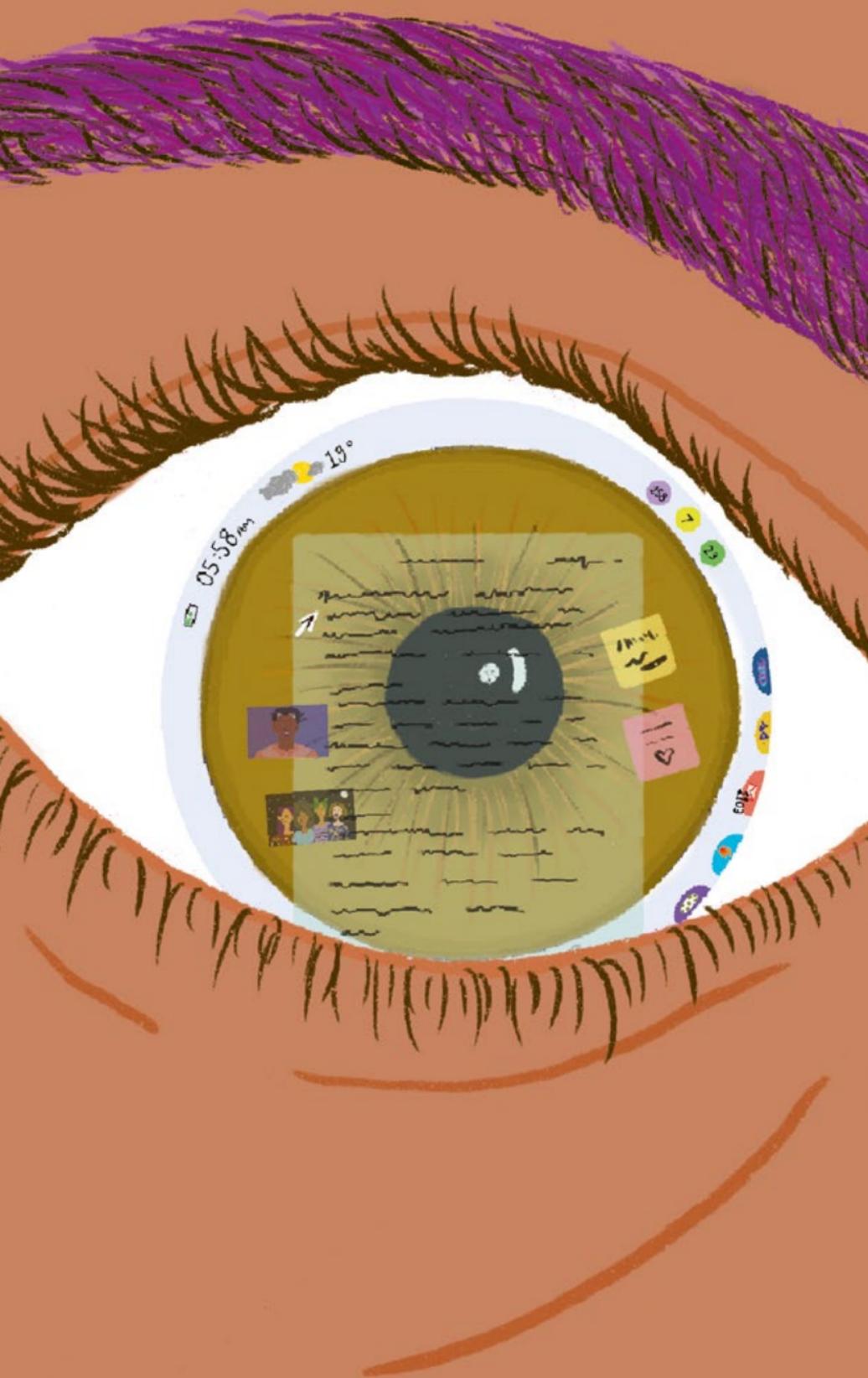
Esta obra está sujeta a la Licencia Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional de Creative Commons (CC BY-NC-SA 4.0).



Kintsugi

Historias y fabulaciones
sobre mundos posibles

borradoresdelfuturo.net



*Son nata a lagrimar / Son nato a sospirar,
e il dolce mio conforto,
ah, sempre piangerò.*

*Se il fato ci tradi,
sereno e lieto di,
mai più sperar potrò.*

Georg Friedrich Händel, *Giulio Cesare in Egitto*

1

—Otra vez. El tercero este mes.

—¿Estáis seguras?

—Puedes venir y verlo con tus propios ojos.

Luna Nueva deja su despacho y camina apresuradamente hacia el intercomunicador de neonatos, hasta llegar a la unidad pediátrica de cuidados intensivos. En el invernadero se cruza con padres primerizos que mecen en hamacas rodeadas de palmeras a sus mortales-esperanzas-corporalmente-encarnadas, «los recién nacidos de toda la vida», tal y como apuntaría con sorna Hamaika Agirre. Jóvenes voluntarios del coro de la Universidad Libre Slavož Žižek entonan cantos de Händel para tranquilizar a los progenitores novatos y estimular a su vez los oídos de los bebés.

—Se los hemos podido separar sin mayor problema, pero habrá que dar parte. Teniendo en cuenta que aquí se han dado seis casos desde principios de año... No resulta difícil echar cuentas. También debe de estar pasando en nacederos de mayor tamaño que el nuestro, Luna.

Le desagrada ese viejo truco: el acercamiento a través del apelativo nominal cuando se lanza con un exceso de confianza que una no ha

concedido, y, más aún, cuando seccionan tu nombre pronunciándolo a medias, como si fuera un diminutivo.

—¿Algún nexo familiar?

—Lo primero que hicimos fue cruzar datos. Y no. No existe vínculo alguno.

—Se trata entonces de casos aislados.

—Aislados, lo que se dice aislados... Puede que lo sean, pero tienden a propagarse... Todo esto no es sino la punta del iceberg.

En la sección de neonatos siempre han sido un tanto alarmistas. Demasiado acostumbrados a que todo vaya bien, se alteran en cuanto las cosas se desvían un milímetro de lo previsto. «Tanto invernadero, tanta esperanza... Tanto Händel y tanta palmera caribeña...», se lamenta con desdén Luna Nueva, «ya me gustaría verles bregar en polipsicotraumatología unos días».

—Cada cosa a su tiempo. ¿Sabemos algo de los nacederos y tonificarios próximos?

—No, pero...

—Entonces se trata de meras especulaciones...

Especulación era una palabra un tanto hostil. La corrección política y los códigos deontológicos vigentes aconsejaban no utilizarla, pero Luna Nueva se ha percatado de ello demasiado tarde. La facultativa de neonatos se ha sentido ofendida. Al parecer, además de ser alarmista, tiene también la piel muy fina.

—Parece lo más lógico. Se trata de progenitores jóvenes en todos los casos: es genéticamente inexplicable. Tampoco hay ninguna mutación legible que lo justifique en la secuencia. Todos los parámetros son normales y...

—Quizá haya algo que habéis pasado por alto. Quizá un error del sistema informático... O un problema de lectura en el genoma...

—Sería la primera vez. Hemos reiniciado el sistema dos veces para descartarlo.

Luna Nueva lee el informe diagonalmente en su pupilopantalla.

—¿Y dices que en la garganta está todo correcto? ¿Total ausencia de patologías?

—Anatómica y funcionalmente. Todo bien. Garganta y boca. Ha roto a llorar en cuanto le hemos descosido los labios...

—Buena señal... ¿Dónde está el problema, entonces?

—¡En que es algo inaudito, Luna! Jamás había pasado algo así.

Luna Nueva vacila un momento antes de responder. Minimiza el informe con un parpadeo y lo deja en un extremo de la pupilopantalla. Sus párpados relamen las córneas como una ola, y al retroceder el agua, la arena se revela lisa y la decisión emerge con firmeza.

—Es demasiado pronto para sacar conclusiones. No nos pongamos en lo peor.

Cuando Luna Nueva regresa a su despacho, su amigo del alma de la facultad Hamaika Agirre la está esperando. Desde que derivaron el cáncer a la vía robofarmacológica ordinaria y cerraron la Sección de Oncología, vaga ocioso de un ala a otra del tonificarario sin saber muy bien cómo emplear su tiempo.

—¿Es verdad que ha habido otro caso en el hospital?

—Actualiza tu lenguaje, Hamaika. Te pese o no, hace al menos veinte años que trabajas en un *tonificarario*. El término *hospital* es repulsivo.

—Ya sabes que solo lo digo para hacerte rabiar.

Luna Nueva suspira. A la vista de que no suelta prenda, Hamaika lo da por confirmado.

—Entonces es cierto.

—Sí.

—¿Y qué piensas hacer?

Luna Nueva rumia en silencio.

—¿Tú qué harías?

Hamaika Agirre se lo ha soltado de sopetón, con su ironía y su aplomo habituales, depositando toda su fe en sus ojos grises, tal y como hacía siempre en la facultad.

—¿Qué haría yo? Descoserle los labios, insertarle el medidor de dióxido de carbono como a todos y darle la bienvenida a este mundo cruel para que llene de lloros, de lamentaciones y de intrascendencia el terruño que le corresponde.

Quizá sobra decirlo: Hamaika Agirre no tiene hijos.

Bien pensado, no es sorprendente la preocupación de los especialistas de neonatos: introducir el láser-esmeralda en los labios clausurados de aquellos recién nacidos provoca dentera. Luna Nueva recuerda una de esas acartonadas películas de 3D que tanto odian sus hijos. Un documental —se les llamaba así, si mal no recuerda— sobre modistas del siglo XX. La primera vez que lo vio quedó hechizada: aquellas chaquetas con los bolsillos cosidos de forma que el propio comprador debía descoser las costuras para poder abrir un hueco en la tela. Eran otra vida y otra época. Una época en la que sastres y médicos se veían obligados a utilizar tijeras y en la que aún se llamaba *hospital* a los tonificararios. Años llenos de bacterias y de polución. Todo era un disparate, hasta que llegó la Era de la Coordinación Algorítmica Global, pero había quien opinaba que sus abuelos, ignorantes y vividores, fueron en el fondo mucho más felices en su inconsciencia... La vestimenta contaba antaño con varias piezas y estaba llena de bolsillos en los que la gente introducía todo tipo de objetos rebosantes de gérmenes. Lo dicho: un disparate. Hoy en día

nadie sabe qué es un bolsillo, aunque aún se siga utilizando la expresión arcaica de «llenarse los bolsillos» para hacer referencia a alguien bien surtido de doleros. Siempre quedan fósiles en el lenguaje.

Hamaika Agirre echa mano del humor para tratar de animar un poco a su compañera:

—¿Te has enterado de que un hospital noruego ha conseguido ser energéticamente autosuficiente gracias al calor generado por la fiebre de sus pacientes?

—¿De veras?

Hamaika Agirre suelta una carcajada.

—¿Estás loca? Estás perdiendo facultades.

—Cosas más raras se han visto...

—¿Dónde tienes la cabeza, Lu? ¿Hay algo que no me has contado?

No pareces la de siempre.

Luna Nueva siente que se consume. Primero en Luna; más tarde en Lu. Pero a Hamaika se lo consiente todo.

—A decir verdad, Doltzane y yo estamos preocupadas por Gerizpe.

—Es el más joven, ¿verdad?

—Sí, Kimu ya está en la universidad, pero Gerizpe... Desde que se metió en los grupos de ceroKonsumo no tiene otra cosa en la cabeza.

—¿No era un fanático de la música? Creía que tocaba en un grupo de *tickletronic*...

—Ahora le ha dado por renegar de la electricidad: solamente escucha música en directo y sin amplificación, para evitar al máximo el consumo de energía... Está obsesionado con su Mancha de Carbono. También se ha apuntado a un curso de *kintsugi*.

—¿*Kintsugi*?

—Una técnica japonesa ancestral para restaurar objetos rotos dejando siempre las fisuras a la vista. Creen que eso les da un valor y una personalidad especiales. Es lo último entre los ceroKonsumistas, si tuvieses hijos lo sabrías...

—Manualidades. ¿Qué mejor para pasar el rato? No deberías preocuparte tanto: cada generación libra sus luchas. Nada que objetar a que lo más sexy sea hoy tener una Mancha de Carbono lo más pequeña posible... Después de todo, nosotros nos hicimos veganos al cumplir los veinte...

—No es lo mismo.

—¿Ah, no? ¡*El Hígado de la Oca: mi Hígado!* ¡Los lemas que coreábamos! ¿Acaso has olvidado el día en que nos tatuamos en las nalgas aquella frase de León Tolstói? ¿Cómo era?

Luna Nueva sonríe abiertamente por primera vez. Y lo hace a buen seguro con mayor energía que la producida por la fiebre de los virtuales pacientes noruegos.



—«Mientras existan mataderos, existirá la guerra en el mundo».

—Eso mismo. Con nombre y apellido incluidos. ¡Parecías preocupada por los derechos de autor! ¡Fuiste la única en añadir la firma! No me digas que te has borrado el tatuaje...

—No, no me lo he borrado. Ahí sigue. ¿Y tú?

—¿Quitarme a Tolstói de las posaderas? ¡Ni loco! Sería como renegar de las sentadas y los sabotajes que hacíamos frente a las granjas...

—Sabotaje es mucho decir, Hamaika...

—Te recuerdo que nos juzgaron por «allanamiento de morada con violencia», Luna. ¡Fuimos juzgados y condenados! Y no una única vez... ¿Sabe tu hijo todo eso? ¿Se lo has contado a Gerizpe? Ganarías muchos puntos.

—Las nuestras eran siempre reivindicaciones pacíficas.

—También los ceroKonsumistas lo son. Al menos, la mayoría.

—Tú lo has dicho: *la mayoría*. La mayoría no son todos.

A Hamaika Agirre se le ha mudado el semblante. En cuanto asoma la preocupación, sus ojos grises tornan en los de un cordero degollado sin fe en sí mismo. *Mientras existan mataderos, existirá la guerra en el mundo.*

—¿Qué quieres decir? ¿Que está metido en las juventudes del GAC?¹

Luna Nueva no responde. Ahora es ella quien tiene los labios sellados.

2

—Así andaba la gente antaño en los aeropuertos, buscando tomas de corriente para introducir el cable, disputándose dónde enchufar el cargador, perdiendo los papeles en busca de un enchufe para poder recargar los dispositivos cuando estaban a punto de quedarse sin batería. Preguntad si no a vuestros padres o a vuestros abuelos. ¿Alguien sabe qué es un *smartphone*?

Silencio.

—¿Nadie? No tengáis miedo a meter la pata, seguro que algo os suena... ¿No habéis oído nunca esa palabra?

Uno de los alumnos alza la mano.

—¿Sí?

—¿Qué es un *enchute*?

Doltzane sonríe para sí. Le gusta trabajar con adolescentes aún por formatear.

—Es verdad, perdona. Un enchufe... A veces me voy por las ramas y olvido explicar lo más básico... Un enchufe era una pequeña toma de corriente en la pared a la que había que conectar los dispositivos-ener-

¹ Grupo de Acción Condicional.

géticamente-no-autosuficientes para que pudiesen funcionar. Las casas estaban llenas de estas tomas hace no tantos años y en cada una de ellas se anclaba un dispositivo o un electrodoméstico.

Cada vez que Doltzane pronunciaba la expresión «hace no tantos años» se daba cuenta de que llevaba ya demasiados repitiendo lo mismo. En verdad, sí que hacía «tantos años». Un buen puñado de ellos. Y, aunque la esperanza de vida se había alargado considerablemente, los años seguían teniendo 365 días. Resultaba absurdo seguir midiendo el tiempo en aquella escala; los años habían perdido el solemne aprecio de quien los cumplía y los atesoraba.

—Al introducir el cable en la toma de corriente succionaba la energía, por así decirlo... La tecnología expansiva ondapiel no se había desarrollado aún. El grafeno era el conductor más usado y el más rápido por aquel entonces.

Alguien soltó una carcajada:

—¿El grafeno? ¿Y cómo cocinaban, entonces? ¿Con un robot Yotodo?

La risa es contagiosa y se extiende a todos los alumnos, incluso a los que parecían somnolientos o aburridos.

—La fabricación de los robots Yotodo, así como los dispositivos-energéticamente-no-autosuficientes se prohibió en Europa en 2033, aunque fue legal fabricarlos en los EE.UU. y en China hasta 2039. Hoy en día, como bien sabéis, cada persona está únicamente autorizada a tener dos en casa.

El alumno que ha formulado la pregunta se atreve a especular:

—Un *smartphone*, entonces, debe de ser el precursor del *phoneskin*, ¿no es eso?

—En efecto, lkerbis. ¿Y os imagináis qué aspecto podría tener?

—¿Un dispositivo de comunicación integrado en las prendas de vestir, como se ve en las viejas películas de 3D?

—No, esas pertenecen a la tecnología *dressphone*. Llegaron algo más tarde. Los *smartphones* son anteriores y no estaban integrados: la gente todavía los llevaba en los bolsillos...

Un rumor de incredulidad se extiende entre la audiencia. Otra vez su edad la ha traicionado.

—¿Qué es un bolsillo?

Doltzane no sabe cómo seguir. ¿Qué puede decirles? ¿Que aquellos teléfonos eran del tamaño de una libreta? ¿Del tamaño de una petaca? *Libreta, petaca*. Estos jóvenes jamás habían tenido ante sus ojos nada parecido; se trataba de objetos y de palabras extrañas para ellos. No era sencillo mostrar el Museo de Antropología a adolescentes. Los pocos que le prestaban algo de atención la observaban con la curiosidad que despierta lo exótico, pero la mayoría lo hacía con indisimulada compa-

sión. Como si estuviese tratando de explicarles un rudimentario sistema de comunicación consistente en golpear un timbal con un hueso de dinosaurio. Les resultaba incomprensible cómo podía haber vivido el ser humano de forma tan primitiva hasta «hace no tantos años».

Ahora debería mostrarles la instalación *Muro terapéutico* de la artista Goxone Salas, pero le ha parecido demasiado compleja para los escolares. O demasiado jóvenes los escolares para aquella instalación *vinegate*, según se mire. Incluso los universitarios de último curso tenían problemas para entender completamente todas las referencias. Mejor ni intentarlo. Con todo, se ha quedado con ganas de soltar su *speech* habitual.

«Imaginad esto: un grupo de gente llega a una cabaña, cada cual con su cargador. Llevan muchas horas en el bosque, subiendo y bajando una colina tras otra. Están agotados, pero no son los únicos... Sus teléfonos móviles ("¿qué es un teléfono?", "¿qué es un móvil?", "¿por qué...?"), perdón, sus *smartphones* apenas tienen batería, si es que no se han descargado ya por completo. Nada más llegar a la cabaña los enchufan con intención de recargarlos. Respiran aliviados. Pero enseguida se dan cuenta de que los enchufes no funcionan; se trata de carcasas vacías no conectadas a la red eléctrica. Los teléfonos no se están cargando. Comprueban que el cable está bien; se observan unos a otros con mirada inquisitiva. La pared está llena de enchufes, pero son de mentira. Preocupación, pánico, impotencia, vértigo y sudores fríos. Síndrome de abstinencia. Acaba de abrirse bajo sus pies el abismo previo a la aceptación de la dependencia... Al otro lado del muro en el que han enchufado los dispositivos no hay nada, solamente una pared musgosa y llena de plantas trepadoras, alguna rosa de vez en cuando, zarzas que contrastan con la belleza del rosal; una pared falsa llena de falsos enchufes. Goxone Salas se inspiró en los centros de tecno-detox de finales de la década de los 20 para crear esta instalación; una de las técnicas de desintoxicación consistía precisamente en eso, en que los adictos renunciasen a sus dispositivos electrónicos para pasar una temporada conviviendo con la naturaleza hasta ser plenamente conscientes de su dependencia y lograr así controlarla. Los centros tecno-detox, lamentablemente, no estaban financiados por la sanidad pública en la mayoría de países, y, al encontrarse en manos de seguros privados, la estancia en ellos era prohibitiva: solamente la gente de gran poder adquisitivo o las estrellas mediáticas podían permitírsela...».

Hasta ahí lo que solía contarles Doltzane. Lo que hoy ha decidido no volver a contar más.

En la entrada del atelier se lee *Kintsugi* en caracteres japoneses. Un firme llamamiento a la supervivencia de los objetos: enmendar la rotura y hacerla perdurar, siempre y cuando las costuras de la herida, las grietas y sus venas bifurcadas en la materia permanezcan a la vista y se exhiban con orgullo. La herida como aglutinante, la rotura como unión. Un elogio a lo que se ha quebrado, pero también el aliciente de la dicha y el equilibrio del artesano que trabaja con sus propias manos. Todos aquellos jóvenes comparten la alegría de la reconstrucción, y sueñan con que algún día esa felicidad de la que hoy ellos gozan con privilegiada consciencia se extienda a toda la población. Desde que se estableció la renta universal a cambio de la jornada de diecisiete horas semanales hay tiempo de sobra para cultivar la pereza y la propia vocación. Tampoco falta quien ha convertido la pereza en vocación, aunque la mayoría haya tomado otro rumbo. Sin trabajo físico la vida no resulta reconstituyente, ni el descanso vivificador.

Esos pocos que permanecen aún en el atelier una vez acabada la lección de *kintsugi* tienen, sin embargo, otras miras. Intenciones que guardan tantas contradicciones como afinidades con aquella rehabilitadora disciplina japonesa. Porque no cabe saciedad intelectual dejando de lado la rebeldía y renunciando a la conspiración.

No bien se ha retirado el *sensei*, los alumnos se reagrupan alrededor de un hombre mucho más joven cuyas pupilas dilatadas parecen extenderse más allá de la superficie del ojo. Al principio habla quedamente, pero su discurso no tarda en enardecerse:

—...tampoco podemos estar de acuerdo con la idea de que esta comarca es la utopía que una vez soñamos. La oleada verdemócrata global derivada de la pandemia de 2020 quizá tuviese sentido para la generación anterior. De acuerdo en que hemos conseguido consumir solamente aquello que producimos. Pero, ¿es eso suficiente? No tenemos por qué menospreciar los logros de nuestras madres... ¿Que acabaron por aceptar que nuestro biorritmo se asentaba sobre el eje del mundo rural y brotaron huertas en nuestros tejados? Cierto. ¿Que tras el regreso del 20 % de la población urbana a entornos más vinculados a la naturaleza el flujo natural de la población provocó una sensata redistribución demográfica? No seré yo quien lo ponga en duda. ¿Que abrir las puertas a los migrantes rejuveneció y espoleó a los antiguos moradores? Eso es irrefutable. ¿Que los severos impuestos con que se gravó a las energías contaminantes trajeron un cambio de paradigma que derivó en una industria capitalista más verde? Lo acepto. Por supuesto que el hecho de renunciar a infraestructuras faraónicas y negarse a conceder licencias

para nuevas construcciones durante toda una década dio visibilidad a las políticas de rehabilitación y propició que la población abriese los ojos y tomase conciencia de todo lo que tenía alrededor... El desmantelamiento de las centrales nucleares fue una victoria de dimensiones históricas. Lo mismo cabría afirmar acerca de la inutilización de las armas de destrucción masiva. China consiguió erradicar la pobreza en 2021. África y Sudamérica lo hicieron en 2035. Gracias al algoritmo democrático, hoy en día se regulan mucho mejor las necesidades y el abastecimiento. Pero no nos engañemos: la democracia algorítmica no es tan transparente como nos han querido hacer creer. El capital sigue en manos de los de siempre y la globalización verde es un *killer* silencioso... Es hora de que vayamos poniendo en práctica nuevas formas de resistencia, camaradas... Y sabemos perfectamente cuál es el primer paso: poner fin a esta despilfarradora electrificación, caiga quien caiga...

«Alexdei sí que tiene labia», se dice Gerizpe con resignada admiración. Por algo es el cabecilla de la zona.

4

—Este año nos vamos de vacaciones, Gerizpe.

—¿De vacaciones?

—A las Islas Canarias, a Lanzarote.

—¿A una isla? ¡Estáis locas! Viajar no está permitido.

—Lanzarote es Europa. Está permitido siempre y cuando se trate de viajes no intercontinentales. Como excepción.

—No me hagas reír: las Islas Canarias pertenecen a África.

—Son parte del estado español, en cualquier caso... Ya hemos hablado muchas veces de eso.

—Un territorio colonizado...

—La cuestión es que nos han concedido el permiso, Gerizpe.

—¿Permiso para qué? ¿Para infringir la ley saliendo de la COPAVO?²

—No se infringe la ley si se tiene un permiso de viaje. Además, llevamos diez años sin salir fuera.

—¿Y qué pretendes, que os den la medalla al mérito por eso?

—Gerizpe, por favor...

—¿Kimu también vendrá?

—No. Tu hermana tiene que acabar la tesis.

—Me lo temía, Kimu siempre tiene una excusa. Kimu es especial, Kimu...

² Comunidad de los Países Vascos del Oeste.

—Mira, Geriz: Luna está al borde de un cuadro de *burn out*... Más que darle permiso, su médico la ha obligado a tomarse unas vacaciones, ¿sabes?

—*Obligar*, faltaría más... Justo cuando vuestro partido se ha hecho con el Departamento de Salud, *casualmente* habéis conseguido el salvoconducto... No me negarás que resulta sospechoso...

—No tienes por qué acompañarnos si no quieres...

—¡Por supuesto que no lo haré! Si fuésemos los tres a las Canarias, la Mancha de Carbono de la Unidad Familiar se dispararía...

Ya estaba tardando en sacar el tema. *La Mancha de Carbono de la Unidad Familiar*. No le bastaba con que su mancha fuese diminuta; la de la familia también debía mantenerse bajo mínimos... Esa obsesión le parece a Doltzane pura vanidad. Maldito dióxido de carbono. Malditos adolescentes. ¿Y Luna Nueva? ¿Dónde estaba? Tenía la virtud de eclipsarse cuando más se la necesitaba. Desde que la nombraron directora del tonificarario pasaba más horas en el trabajo que en casa.

—Luna y yo hemos pensado que sería una buena oportunidad para pasar más tiempo juntos.

—No contéis conmigo. Ya sabéis que los vuelos comerciales van en contra de mis principios.

—Es un avión eléctrico, Geriz.

—Querrás decir híbrido.

—Eso mismo.

—Peor me lo pones. Híbrido y eléctrico... ¡Puaj! ¡La peste electrificada! La electricidad es un *killer* silencioso.

La peste electrificada. La electricidad es un killer silencioso... ¿De dónde sacaba aquel mocoso todas estas ampulosas expresiones? Parecían títulos de canciones de grupos de principios de siglo. ¿Dónde habían quedado, por cierto, aquellos sutiles *perreos* de su juventud? Una anhelaba la elegante seducción de los reguetones clásicos, las sugerentes fiestas *pornobeat*... Ahora los jóvenes no escuchaban sino *climaxbeat*. El colmo del mal gusto.

—El gasoil, al menos, podía olerse.

—No tienes ni la menor idea de cómo huele el gasoil, Geriz...

—Tú qué sabrás...

A veces le daría una bofetada, pero Doltzane había malgastado dos faltas éticas en la preadolescencia de Gerizpe y tiene ahora las manos atadas: una tercera activaría automáticamente el PIM.³ De todas formas, a veces le parece que no es lo suficientemente estricta con su hijo adolescente. «Luna, ¿dónde te has metido?».

³ Protocolo de Inspección de Malos Tratos.



—Serán unas vacaciones muy breves. Una semana solamente...

—Lo siento, madre: tengo otros planes para este verano.

Doltzane tiembla solo de pensarlo. Su hijo «tiene otros planes» para el verano. Al menos todavía le llama «madre». Luna Nueva no puede decir lo mismo. Activa la pupilopantalla para comprobar si Lu se ha ondapielizado remotamente a su conversación, pero su mujer tiene el *phoneskin* desconectado. Se juega algo a que después pedirá la grabación, como todos los días. Vivir todas las discusiones en diferido le ayuda a sentirse mejor madre, pero luego no hace nada para mejorar las cosas. «La comunicación indirecta sí que es un *killer* silencioso», razona Doltzane, asqueada de autoevaluar constantemente su relación.

5

El escándalo ha sido mayúsculo. El candidato a la presidencia de los EE.UU. ha tenido que renunciar al filtrarse una foto de su Mancha de Carbono. Excedía los cuatro centímetros. «¡Cuatro! Un candidato verdemócrata jamás debería rebasar los dos centímetros...», suelta Luna Nueva mientras dan cuenta de su cuarta comida del día, los tres juntos por una vez.

—Dice que siempre va a trabajar en bicicleta. Y que ha salido de California solo tres veces en toda su vida...

—¿Cómo ha llegado entonces a tener una mancha carbónica de cuatro centímetros? Tampoco es tan viejo... Ahí hay algo que no sabemos...

Doltzane y Luna Nueva intentan incitar a Gerizpe, provocarle para que diga algo, pero éste se limita a masticar su seitán acompañado de hojas de rúcula que él mismo cultiva en el tejado.

—Verdemócratas o republicanos, todos son iguales... —manifiesta finalmente con indiferencia, evitando cruzar su mirada con la de sus madres. Después introduce los platos y los vasos sucios en un cubo y se dirige hacia el tejado.

—¿No piensas decirle nada, Doltzane?

—¿Qué quieres que le diga? También es tu hijo...

—¿No es pasarse de la raya utilizar el agua de la lluvia para fregar? ¿Para qué compramos un lavavajillas eco? ¿Para luego tener que limpiar los platos en función del monzón? ¿En qué año cree este hombre que vivimos, en 2021?

A la mente de Luna Nueva acude un estudio reciente según el cual ha quedado probado que la propensión al enfado es un factor más determinante de lo que cabría pensar a la hora de generar CO₂. ¿Cuándo llegaría un mundo sin indignación? Siente que la mancha de su muñeca se extiende como la grasa.

—Según Gerizpe, no basta con que el lavavajillas sea autosuficiente. Que se haya utilizado electricidad en su fabricación ya lo convierte en un objeto contaminado...

A la mañana siguiente a la dimisión del candidato verdemócrata de los EE.UU., en la gimnasio, niños y niñas de cuatro años se muestran la muñeca unos a otros para comparar con naturalidad sus respectivas Manchas de Carbono. Todavía son demasiado jóvenes para que haya diferencias perceptibles entre ellas, pero esa es la tozuda realidad; es en la más tierna infancia cuando comienza la medición del estatus y su consolidación. La mancha más pequeña les asegura ya la popularidad. La campaña electoral del país más poderoso se reproducía nítidamente a pequeña escala en cualquier guardería de barrio.

6

Como no podía ser de otra forma, alcanzan a pie el claro del bosque.

Gerizpe presenta a Siri a sus amigos.

—¿Seguro que no os han seguido?

—Hemos tomado todas las medidas necesarias, Alexdei.

Siri tiene el pelo muy liso, siempre lo ha tenido. Quizá es ese detalle el que ha despertado suspicacias en Alexdei.

—Es genético, jamás he utilizado acondicionador de pelo. Tampoco me lo seco con secador.

—Conoce de sobra nuestro decálogo, Alexdei. Es de fiar, créeme. Siri, enséñale tu MC.

Siri se remanga el puño del buzo dejando a la vista una Mancha de Carbono que apenas llega a un centímetro. Parece la de una niña. La miran con fascinación. No todos los días se tenía la suerte de ver una mancha tan insignificante y tan sexy. Alexdei no da crédito, le ha pillado desprevenido. Esta chica tiene una mancha que no llega ni a la mitad de la suya. Y nadie diría que es más joven que él.

—¿Te has criado aquí?

—No, soy noruega.

—Eso explica muchas cosas.

—Hace dos años que nos mudamos, cuando empezó el desmantelamiento de los molinos de viento de Urbasa.

—Su padre tiene planos detallados de todos y cada uno de los molinos de la COPAVO, Alexdei: accesos, códigos... Todo. La red eléctrica al completo. Ahora que tenemos que echarnos al hombro eso que tanto les cuesta hacer a las instituciones públicas por su cuenta —súbitamente, su voz se vuelve mitinera—, Siri pondrá en nuestras manos una información vital.

Las espadas están en alto. No es momento de vacilar. La nueva miembro viene con la garantía de Gerizpe. Votos a favor: seis. Ningún voto en contra. Una sola abstención: Alexdei.

«Está bien», concede Alexdei sin pronunciar una sílaba más de las estrictamente necesarias, como si intentara reducir el dióxido de carbono creado por su aparato respiratorio, disimulando penosamente los celos que le provoca la recién llegada.

7

Doltzane le agita el hombro para que se despierte. La pupilopantalla le indica a Luna Nueva que todavía no son ni las seis de la mañana. ¿Por qué la ha despertado en su único día libre de la semana?

—Es domingo... ¿No libras hoy en el museo? Déjame dormir un poco más...

—Vuelve a activar la pupilopantalla, Luna. Esto no te va a gustar.

El puntero parpadea. Maldice. La noticia se ha filtrado. Era de prever. Una no puede fiarse de esos canallas de neonatos. Si se limitase a un titular, todavía hubiese podido salvarse, pero hay también una foto que encarna el rumor y lo hace visible: la foto de los labios sellados. Se le ha helado la sangre. Se ondapieliza de inmediato con Hamaika.

—¿Lo has visto? Todos te están esperando, Luna. Han convocado una rueda de prensa en el tonificario. Deberías venir cuanto antes.

Hamaika Agirre ha dicho *tonificario* y no *hospital*. Eso basta para darse cuenta de la gravedad de la situación.

Se embute en su buzo Armani y le pide a Doltzane, por favor, que llame a un aerotaxi sin conductor. Al parecer, su *phoneskin* echa chispas y no tiene la pupila para ninguna otra cosa que no sea preparar el comunicado. Doltzane está empezando a cansarse de ser siempre la criada fiel de Luna Nueva, pero sabe que no es el momento de sacar el tema.

—No hay disponible ningún aerotaxi GoiEner de los verdes... ¿Te vale cualquiera?

—¡Que le den a la contaminación! No puedo esperar más. Y que no se entere Gerizpe de esto... No quiero volver a discutir a cuenta de la Mancha de la Unidad Familiar...

—Gerizpe no está. Anoche no durmió en casa.

8

Gerizpe aporta unos bidones de gasoil que ha sustraído del Museo de Antropología; Siri, a la vista está, los planos que ha robado a su padre. La contribución de ambos ha sido crucial a la hora de preparar el golpe

y planificarlo. El liderazgo de Alexdei podría quedar a partir de ahora en entredicho; siempre y cuando todo salga bien, claro. Hace más de cinco décadas tuvieron que venir los escandinavos y los holandeses a implantar aquella tecnología. Sucedió hoy otro tanto; les correspondía a ellos retirar y reemplazar con nuevas fuentes de energía aquellos dispositivos tóxicos que en su día se consideraron como los más ecológicos. El proceso de deselectrificación fomentado por las instituciones era, sin embargo, lento hasta la desesperación, y la reivindicación de consumir casi nada o nada en absoluto —una moda pasajera, según muchos— no era sino un asunto que atañía a los jóvenes rebeldes; flor de un día, una revolución que rumiaban lentamente contra sus padres. Lentamente, hasta el momento. Esto podía estar a punto de cambiar. Y cambiaría gracias al GAC. No eran los únicos. Por mucho que las circunstancias internacionales y la casuística de cada país fuesen muy variadas, habían establecido ya contacto con distintos grupos; los sabotajes coordinados no habían hecho más que empezar. Que China, África y los países escandinavos se hiciesen con los Royalties Solares a cambio de condonar parte de su deuda externa provocó una burbuja especulativa de enormes proporciones. A nivel local, el declive empezó cuando el gobierno autónomo de la COPAVO decidió expropiar la cooperativa GoiEner para vendérsela a CaixaDell tras un cuestionable proceso de privatización: esta cooperativa había llevado a cabo durante años una labor encomiable en pro de las energías verdes, hasta el punto de atraer prácticamente a toda la clientela de las compañías eléctricas tradicionales. Gracias a GoiEner, a finales de la década de los 30 la COPAVO estuvo a punto de generar de forma autosuficiente toda la energía que consumía, lo que la llevó a las puertas de su independencia política. Como firmantes del acuerdo verde de la REM,⁴ eran partidarios de consumir la energía allí donde se generaba o en las comarcas colindantes, contrarios a la liberalización de los precios y partidarios también de minimizar la importación-exportación. CaixaDell acabó vendiendo las acciones de GoiEner a fondos buitres, lo que provocó que sus plantas renovables más punteras fuesen sustituidas por otros sistemas de mezzohidrógeno más baratos y contaminantes. Para Gerizpe y sus camaradas, era imprescindible desestabilizar el *status quo* e invertir el régimen energético vigente, para volver a empezar de cero.

«La electricidad es un *killer* silencioso...». «Un mundo electrificado no es sostenible». «No a la luz a expensas del apagón ajeno». «Di OFF». «El apagón dignifica». «¡Apágate, consumo!». «Quédate en el barrio, piensa el barrio». Lemas y eslóganes como estos se propagaban im-

⁴ Red de Electrificación Mínima, acuerdo suscrito por los Países Energéticamente No Alineados de todo el mundo en 2029.

parables a lo largo y ancho de la ondapiel y en los submundos del *deep skinwave*. No bastaba con consumir menos; había que reducir el gasto energético a cero, «aunque eso suponga que toda una generación tenga que vivir sin salir de su comarca». Nada de viajes largos. Renunciar a los dispositivos-energéticamente-no-autosuficientes no bastaba. También había que dejar de lado los que eran autosuficientes, en tanto que obsoletos aparatos que despilfarraban energía. Había que tomar decisiones radicales. Eso era, según Gerizpe, lo que Doltzane y Luna Nueva no acababan de entender. Se las daban de ecologistas e izquierdosas, pero no veían ninguna contradicción en recibir su generosa inyección de doloeros mensuales; la una impartiendo lecciones sobre el pasado a los jóvenes alumnos, la otra dirigiendo con complacencia un tonificarario elitista. Habían llegado a creer que el medidor de la Mancha de Carbono era algo simbólico, un problema que se podía dar por finiquitado tras el pago de una multa adicional. Ya nadie parecía avergonzarse del tamaño de su mancha contaminante. Solamente las nuevas generaciones.

Cada vez que Gerizpe piensa en la diminuta mancha de Siri le invade una intensa punzada de deseo que no puede disimular, a pesar de ser plenamente consciente de que su mancha es en comparación demasiado grande como para poder soñar con emparejarse con ella. Resulta desolador: el sistema de castas siempre se las arregla para reproducirse, incluso en las mentes de los ecoactivistas presuntamente más progres.

Alexdei está a punto de perder la paciencia.

—¿A qué esperas, Geriz? ¡El gasoil! ¡Viértelo de una vez!

Al fijar su mirada en los molinos, Gerizpe se ha sentido Don Quijote por un instante. Hoy, los molinos de viento; mañana, el mezzohidrógeno; pasado, quién sabe... Ha abierto el bidón. ¿Y si no hubiese gasoil? ¿Y si no se tratase de combustible de verdad? ¿Qué sabe él sobre combustibles fósiles, después de todo? ¡Si ni tan siquiera sería capaz de distinguir el gasoil de un zumo de granada! Por un momento teme quedar en evidencia ante sus compañeros. A pesar de estar encapuchado, el intenso olor del combustible lo persuade; aquel efluvió reúne todas las ventajas y contradicciones de una droga jamás probada. La violencia de su aroma acciona la euforia a través de sus orificios nasales. «Entonces esto es el gasoil», piensan todos simultáneamente, sin el menor asomo de duda respecto a la naturaleza de lo que respiran y lo que se disponen a hacer.

La estimulante quemazón del gasoil hermana a los miembros del comando. La propia palabra *combustible* cobra inesperadamente otro sentido.





Luna Nueva se las ve y se las desea para poder responder a las preguntas de los periodistas. Aunque ha sopesado ante Hamaika Agirre la posibilidad de presentar su dimisión, éste la ha disuadido enseguida. «Ni hablar de eso, Lu», le reconviene, «no puedes rendirte a la primera de cambio». ¿La alimentación? ¿El clima? ¿La genética? Ciertamente, no tiene respuesta. No sabe por qué nacen así los niños, con los labios sellados. ¿Y si fuesen seres más desarrollados, los novísimos portadores de un silencioso modo de comunicación que no precisa alfabeto alguno, una estirpe en posesión de una manera más liviana y eficaz de expresarse y negociar sin la dispersión energética provocada por la molesta palabrería y la multiplicidad de lenguas? Intenta repetir una y otra vez que se trata de unos pocos casos aislados, para nada irreversibles, pero los periodistas han olido sangre, y traen el puñal entre los dientes. Los facultativos de neonatos la observan desde el fondo de la sala, sin ocultar un gesto calmo y vindicativo, envueltos en una suerte de aureola anaranjada que chamusca sus cabelleras pelirrojas contra el ventanal acristalado.

Los periodistas no han pasado por alto la intensa luminosidad que se proyecta a sus espaldas. Al girarse hacia el ventanal, los asombra la melosa capa de luz que envuelve los perfiles de los facultativos de neonatos. Desde el otro lado del ventanal de la sala de conferencias llegan destellos de fuegos artificiales. Solo que no son fuegos de artificio. Hace mucho tiempo que los prohibieron. Abandonada la rueda de prensa, todos se asoman al ventanal: periodistas, asistentes y facultativos, incluso las personas-en-vías-de-tonificación, o, tal y como señalaría jocosamente Hamaika Agirre, «lo que en el lenguaje de la calle se han venido llamando toda la vida *enfermos*».

—Parece un atentado.

Alguien ha mencionado la acción contra las placas solares noruegas de Tudela, reivindicada por el GAC. O el ataque contra la planta de Ondas Renovables de la COPAVO, aún no reivindicado.

A Luna Nueva se le cae el mundo encima.

«Gerizpe no está. Anoche no durmió en casa».

Sin poder aguantar más en pie y aprovechando la confusión, abandona la sala y se refugia en su despacho. Hamaika Agirre necesita unos cuantos segundos más para reaccionar y salir tras ella como salmón contra corriente.

—¿Cómo puedes estar tan segura? Puede que se trate de un incendio fortuito. Y, aunque no lo haya sido, ¿cómo sabes que se trata del Grupo de Acción Condicional? Y aunque lo fuese... Tampoco estás en posición de afirmar si tu hijo es o no militante...

—No es la primera vez, Hamaika... Además, Gerizpe no ha pasado la noche en casa.

—¡Pero si había un festival de *climaxbeat* ayer en el campus! Esta mañana no ha aparecido ni uno de los de prácticas...

—Gerizpe está involucrado. Me lo dice el instinto.

—Todavía no han reivindicado el atentado, Luna... Estás sacando las cosas de quicio.

Es demasiado pronto, cierto. Al fin y al cabo el GAC se enmarca en la corriente de lo que un seminario de la Universidad Libre Slavož Žižek denominó —no sin ánimo de epatar— *Slow Terrorism*; un grupo que va más allá del ecoterrorismo y el sabotaje. En consonancia con su espíritu *slow*, no reivindican de inmediato sus *acciones* (sobre si denominarlas o no *atentados* hay aún discrepancias en la academia).

Hamaika Agirre parece haber recuperado su sorna habitual.

—Míralo por el lado bueno: ahora nadie se va a ocupar de niños mutantes que nacen con los labios cosidos...

Entonces aparecen. Entre las palmeras, los voluntarios del coro. Jóvenes universitarios que se ofrecen para entonar las cantatas de Händel, con rostros visiblemente resacosos, de vuelta sin duda del festival de *climaxbeat*, cantando el aria *Son nata a lagrimar*, sin asomo alguno de malicia ni de ironía, según todas las apariencias.

11

Solamente sonidos, aplausos, palmas, melodías, silbidos, fricciones y destellos de ruidos creados por el cuerpo. Canciones, aullidos modulados, suspiros y susurros emitidos sin apenas abrir los labios. Gritos y ecos de gritos; tiernas e hipnóticas letanías que de tan antiguas parecen provenir del futuro. Como todos los festivales de *climaxbeat* que se desarrollan en las temblortecas especialmente preparadas para amplificar las ondas, también éste es completamente orgánico. La temblorteca no precisa electricidad, ni provoca en los asistentes mácula alguna que acreciente la Mancha de Carbono más allá del dióxido provocado por la propia respiración. No es del todo descartable el efecto alucinógeno que el olor a gasoil que traen quienes huyen del lugar de los hechos haya podido provocar en los cuerpos danzantes acostumbrados a respirar aire puro.

Aunque el pestazo a quemado envuelve sus buzos, el hedor del hollín se mezcla con el sudor de todos los participantes de la fiesta, como si la responsabilidad pudiese ser absorbida por el sudor del prójimo y molida bajo una epidermis colectiva para filtrarse y volatilizarse de nuevo a través de cuerpos extraños que no pertenecen a los propios activistas. ¿Es acaso aquel aroma secreto que nadie más que ellos es capaz de identificar la droga que los arracima, los compacta y los imanta a un enajenado pogo erótico? No bien se han dispersado entre la multitud, Alexdei, Siri, Gerizpe y los demás se unen al baile en un ralentizado trance. Las caricias recíprocas generan en sus pieles una llama duradera más allá del deseo sexual, una conducción incombustible, continuada, desprovista de urgencia y de premura. Forman entre todos un solo órgano; el liderazgo no es sino un tenue hilo común que atraviesa todas sus cabezas. Lo que flota en el aire no son endorfinas, sino hormonas pensantes, microscópicos trocitos de cerebro con un idioma por descifrar. Son torsos curvados que se inclinan unos sobre otros para abrazarse delicadamente, adhiriéndose unos a otros como el párpado al ojo. Los párpados relamen las córneas como una ola, y, al retroceder el agua, la arena se revela lisa y la decisión emerge con firmeza.

Todos han dejado al descubierto sus muñecas y cada cual exhibe sin pudor su Mancha de Carbono. La intimidad liberada, el ego descosido. Algunas de las manchas parecen de tinta, otras son pequeñas verrugas; las hay semejantes a planetas redondos y las hay del todo irregulares, romas manchas rizomáticas que nacieron sin vocación de estrella... Desactivan las pupilopantallas y se acarician y se besan unos a otros las muñecas, solamente las muñecas, pero sin renunciar a ninguna. Todas las manchas son distintas; todas hermosas. A Gerizpe se le antoja que, como las pupilas que se cierran doloridas ante el exceso de luz, también sus manchas empequeñecen y se contraen. «Se avecina tormenta», susurra alguien. Las nubes vienen llenas, bien cargadas. Algo puede estallar en cualquier momento, aunque las pupilopantallas desconectadas les impiden prever con certeza cuándo sucederá.

Cuando el primer relámpago agrieta la noche, queda a la vista, por un instante, la esquelética luz azul del alma.





BORRADORES DEL FUTURO

Borradores del futuro es una colección de relatos cortos que imaginan el futuro de alternativas o utopías. En «Kintsugi», el escritor Harkaitz Cano parte de la experiencia de GoiEner para imaginar un futuro en el cual la relación a la energía ha cambiado.

GoiEner Taldea. En esta época en la que la producción y la distribución de la electricidad están en manos de grandes multinacionales, GoiEner es una cooperativa sin ánimo de lucro que busca hacerse hueco en el contexto de un oligopolio energético sólidamente consolidado y abrir una pequeña brecha verde, guiándose, entre otros, por valores como la producción renovable, el consumo responsable y la transparencia. Ahora quizá te preguntes por qué no conocías hasta hoy esta empresa con cuyos principios coincides plenamente: «¿Por qué sigue mi factura eléctrica vinculada a una empresa mastodóntica que no respeta esos valores? ¿Hasta cuándo durará esta inercia?». Se trata de una de las virtudes de la opresión capitalista: hacernos creer que las opciones con las que contamos son menos de las que realmente tenemos.

Harkaitz Cano. Es escritor. Ha abordado casi todos los géneros, desde la novela (*Twist, La voz del Faquir*) a la poesía (*Compro oro, Gente que trabaja en los tejados*), incluyendo el ensayo (*Ojo y medio*) y el teatro (*Los papeles de Sísifo*), aunque siempre ha confesado su especial predilección por el relato breve (*Circo de invierno, El turista perpetuo*). Su obra ha visto la luz en una docena de idiomas, y ha traducido, a su vez, al euskera a autores como Sylvia Plath, Hanif Kureishi, Raymond Carver, Anne Sexton o Allen Ginsberg. Colabora habitualmente con coreógrafos, grupos y músicos de la escena vasca.

Borradores del futuro se gesta desde **Azala**, un espacio para residencias artísticas situado en Lasierra, un pueblo alavés de 12 habitantes, en las faldas de un encinar. Desarrolla desde sus inicios en 2008 múltiples colaboraciones con otras instituciones culturales, y quiere estar cada vez más ligado a prácticas situadas en su entorno. Para la creación de esta fábula, se organizó desde Azala una sesión de «Futurible», ejercicio de proyección hacia el futuro celebrado mediante videoconferencia el 6 de julio de 2020.



AGRADECIMIENTOS

Agradecemos a todas las personas que nos regalan tiempo, ilusión y energía a la hora de seguir creando este proyecto.

Para este #0, también agradecemos a Harkaitz Cano, Arrate Rodríguez, Unai Pascual, Maite Larburu y, de GoiEner, Erika Martínez, Eduardo Urturi, Oier Etxebarria Gutierrez y Susana Cantero, así como a todas las personas que han participado, aparte de las antes mencionadas, en la sesión de «Futurible»: Iker Díaz de Cerio (Asociación para la promoción del olivo y del aceite de Rioja Alavesa), Maite Fernández Betelu, Garikoitz Fraga (Belleza Infinita), Irene Intxausti Basilio (Teklak), Ula Iruretagoiena y Maite Telleria (Azala).

COLECCIÓN GIPUZKOA #0

Edición de 2.300 ejemplares. Distribución en bares y lugares de paso en ciudades y pueblos de Gipuzkoa. Esta publicación, así como las cinco anteriores de la colección de Álava, están disponibles en audio y en texto en borradoresdelfuturo.net.